

| Girón

Antes y después de la batalla

| Felipa Suárez Ramos

La derrota de la invasión mercenaria a Cuba, del 17 al 19 de abril de 1961, no fue un hecho circunstancial, sino el resultado de una intensa labor preparatoria conducida por el Comandante en Jefe Fidel Castro a partir de su comprensión del principio leninista de que una revolución vale en la medida en que es capaz de defenderse.

Para el Doctor en Ciencias Históricas José Ramón Herrera Medina, coronel retirado de las FAR e investigador del Instituto de Historia de Cuba, la victoria contra aquella bien armada fuerza, organizada, entrenada y financiada por Estados Unidos, reveló una vez más el genio militar de Fidel y su gran previsión en cuanto a la importancia de la participación popular en la defensa de la patria.

La invasión mercenaria no fue tan solo la materialización del Plan de acciones encubiertas contra Cuba, aprobado el 17 de marzo de 1960 por el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower, sino también la continuación de una política puesta en práctica por Estados Unidos cuando se percató del inevitable triunfo del Ejército Rebelde.

“Seguro de que el imperialismo no cejaría en su empeño de destruir un proceso a diario se tornaba más radical y devenía ejemplo para el resto de América Latina, Fidel comprendió lo impostergable de poner al pueblo en condiciones de enfrentar una posible agresión militar procedente del exterior”.

La unidad: garantía del éxito

Explica el investigador que en ese contexto surgieron las Milicias Nacionales Revolucionarias —primero organizadas por sectores sociales, es decir obreras, campesinas y estudiantiles, y poco después en batallones—; los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas, como demostración de la decisión de los cubanos de unirse en defensa de la Revolución.



| foto: César A. Rodríguez

“Estados Unidos apostó por el desencadenamiento de una guerra interna en la Isla, y a partir de un proyecto organizado por Allen Dulles y Richard Bissell, director general y director de planes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), respectivamente, pobló las montañas con cientos de alzados, en especial las de la región central. Estos últimos se encargarían de apoyar el desembarco de una fuerza mercenaria que se entrenaba en América Central”.

Contra el bandidismo

“Ante los indicios de que el propósito era invadir el suelo patrio por la zona de Trinidad, Fidel concibió la denominada Primera Limpia del Escambray, la cual constó de dos etapas ofensivas: la primera, de peine continuo por pelotones, y la segunda, bautizada como Operación Jaula, de establecimiento de un cerco estratégico”.

Este último comprendía inmovilizar cuanto antes las bandas de alza-

dos, separarlas entre sí e impedirles la comunicación con sus colaboradores dentro y fuera de la Isla. Para ello, Fidel dispuso cercar totalmente el Escambray y dividirlo en cuatro sectores, con líneas de combatientes de norte a sur y de este a oeste.

El investigador explica que el líder de la Revolución, quien personalmente dirigió la operación, “orientó garantizar la seguridad de las familias allí residentes mediante la ubicación de milicianos en sus viviendas; ocupar los puntos importantes del territorio cercado; peinar este constantemente; emprender una labor político-ideológica con la población serrana y acelerar, en beneficio de esta, el desarrollo económico y social de la región.

“En aquel primer enfrentamiento a las bandas, iniciado el 3 de diciembre de 1960 y concluido el 8 de abril de 1961, participaron 80 batallones de milicias y numerosos oficiales del Ejército Rebelde, de modo que la can-

idad de participantes se acercó a los 60 mil hombres en los momentos más significativos. Este total no incluye los destacamentos de granjeros, cooperativistas y campesinos de la región, incorporados en diversas fases”.

A la inquebrantable actuación de aquellos combatientes se debe que, al producirse la invasión, los mercenarios no contaran con una fuerza bien armada y lista para apoyarlos.

Después de la derrota

La Comisión Taylor, encargada de investigar las causas del descalabro dictaminó que este no se debió a la formidable respuesta combativa del pueblo cubano levantado en defensa de la patria y del socialismo recién proclamado, sino a que los mercenarios no contaron con los medios, instrucción y apoyo necesarios para una empresa de tal envergadura. De ese modo la CIA pretendió justificar su fracaso.

Un rotundo *mentís* a tales aseveraciones lo ofreció Arthur M. Schlesinger Jr., cercano colaborador del presidente, en su obra *Los mil días de Kennedy*, al señalar:

“(…) la realidad fue que Fidel Castro resultó ser un enemigo mucho más formidable y estar al mando de un régimen mucho mejor organizado de lo que nadie había supuesto. Sus patrullas localizaron la invasión casi en el primer momento. Sus aviones reaccionaron con rapidez y vigor. Su policía eliminó cualquier probabilidad de rebelión o sabotaje detrás de las líneas. Sus soldados permanecieron leales y combatieron bravamente. Él mismo nunca fue presa del pánico (…).”

El doctor Herrera Medina, quien también combatió en Girón como miembro del batallón de la policía, considera que “aquella contundente victoria del pueblo cubano esfumó las esperanzas imperialistas de revertir la Revolución y reimplantar su señorío sobre el territorio cubano, cifradas en el contingente mercenario, y provocó en los políticos estadounidenses un sentimiento revanchista que ha trascendido a todas las administraciones”.

El día de gloria de Rafael

Rafael Rodríguez vive orgulloso de haber combatido cerca de Fidel en Playa Girón

| Lourdes Rey Veitia



Rafael Rodríguez es un hombre curtido por el sol y los cincuenta años de lucha. Vive en la ciudad de Remedios, en Villa Clara, y confiesa que cada vez que escucha los primeros acordes de la canción *La Victoria* se conmueve y recuerda los días más gloriosos de su vida cuando tuvo a Fidel “cerquita bajo las balas y los cañonazos”.

“Yo era un chofer de SAU-100 que apenas conocía lo fundamental. El día anterior habían mandado a situar los SAU-100 en la parte sur de la Bahía de Cochinos y a los T-34 en la parte norte. Por la tarde sentimos el ruido característico de un T-34 y nos sorprendimos cuando vimos llegar uno a aquella parte de Playa Girón”.

Rafael hace un alto en su narración para hojear un libro de fotos que tiene sobre la epopeya. Busca la imagen más conocida de aquel acontecimiento, esa donde el Comandante en Jefe, en pleno combate, se tira de un tanque. En el rostro del veterano combatiente es perceptible la satisfacción, y sus manos aún tiemblan de la emoción mientras cuenta los detalles.

“Inmediatamente supimos que allí venía Fidel, conocíamos a la escolta. Efectivamente aquel T-34 empieza a disparar contra uno de los barcos de los mercenarios. Soy el más próximo al T-34 y el jefe de mi compañía dice ‘voy a hacer un disparo’. Comienza a disparar también, el cañón nuestro era de 100 milímetros y el de él de 85. Cuando Fidel escucha el disparo pregunta: ¿Qué está pasando afuera?, es entonces cuando se tira del T-34 y pasa al SAU-100. Es ese el momento en que le toman la foto que ha recorrido el mundo. Fidel logró acertar con un disparo a uno de los barcos de los mercenarios”, narra Rafael.

“Ver a Fidel allí para mí fue algo inmenso, creo que es lo más grande que puede ocurrirle a un revolucionario. Aún tengo grabada en mi memoria esa imagen, me ha acompañado siempre y me ha dado fuerzas para continuar a su lado y seguir la obra”, dice; y continúa mirando la foto como si lo hiciera por primera vez, tal parece que se ata aún más a lo más memorable de su vida.

“Ese fue un día de gloria, ya teníamos en las manos la victoria y Fidel había combatido a mi lado. ¿Puede haber mayor satisfacción?”, concluye orgulloso.